



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

AUTORES CÓMICOS

MARIANO BARRANCO



Lit. de Bravo, Desengano. 14 y Carbon. 7. Madrid.

De sal sus juguetes llena,
y con ellos humillada
tiene á la suerte en la escena,
porque el pobrecito estrena
quince cada temporada.

SUMARIO

TEXTO.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Cuento, por Vital Aza.—De circunstancias, por José Estremera.—Un par de truchas, por F. Pedrosa Kelanzón.—Las empanadas de jamón, por Juan Pérez Zúñiga.—¡A buena hora!, por Sinesio Delgado.—La cigarra y la hormiga, por Fiacro Yráizoz.—Cantares, por José López Silva.—Madrigal, por Carlos Ossorio y Gallardo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS.—Mariano Barranco.—En Suiza.—En Madrid.—Tipos, por Cilla.



Ni ha ocurrido ningún nuevo choque en la línea del No-roeste, ni se ha quemado ningún edificio, ni siquiera ha habido un solo caso de cólera en toda la Península.

Nuestra existencia se ha deslizado tranquilamente, durante la semana, en el mejor de los mundos posibles.

No hay, pues, razón, para que los poetas nos rompan los oídos con sus cantos lúgubres, y si alguno quisiera soltarnos un poema regado por el llanto, bueno será que lo guarde para el otoño, que es cuando maduran las uvas y cuando vuelven al seno del hogar las señoritas cursis.

Hoy por hoy, todo nos sonríe, empezando por el sol y concluyendo por la Dirección general de Sanidad, que cuida de nosotros como si fuera nuestra madre y nos hubiese dado el pecho.

El mayor desacato que podríamos cometer sería el de morirnos de un cólico, ahora que están vigentes una porción de prescripciones higiénicas; y aunque no sea más que por respeto á nuestros superiores jerárquicos, debemos conservar la salud, y no comer pepinos ni leer las obras laxantes de algunos académicos.

Entreguémonos á la carne espontáneamente, prefiriéndola asada, para lo cual bastará que la saquemos al balcón entre doce y una, cuidando de darle vueltas para que no se achicharre; huyamos de los placeres y de las frutas y no abusemos del agua.

En el agua se desarrolla el microbio, según dice el doctor Koch; lo mejor será, por consiguiente, que no nos lavemos, imitando el saludable ejemplo de un popular autor dramático, que no ha conocido más agua que la de la pila bautismal.

No haya miedo de que á él le entren microbios por ninguna parte.

En cambio, existen muchas personas aficionadas á la hidroterapia, y ahora están, como quien dice, con un pie aquí y otro en la sacramental.

*
* *

Tengo un vecino que sería, de seguro, la primera víctima del cólera, si llegara á presentarse aquí el terrible huésped, como le llamamos á la plaga nosotros los estilistas.

Todas las mañanas, antes de tomar el chocolate, mete la cabeza en un barreño; después se va á la fuente del Retiro y se bebe seis ó siete vasos de agua. Una vez que se perdió, fueron á encontrarle dentro de la tinaja, donde se había quedado dormido.

Su afición le ha ocasionado ya varios disgustos. No hace muchas tardes la casualidad me llevó á conocer la renombrada fuente del Berro. Allí estaba mi vecino, que al verme exclamó alborozado:

—¡Hombre! ¿Viene V. también á beber?... ¡Oh! no hay nada como el agua; por mi gusto me estaría bebiendo todo el día. Mi mujer se incomoda, pero yo sigo con mi sistema y me va perfectamente...

Aquella misma noche le dieron el Viático, y gracias á que se le ocurrió al médico abrirle una cañería en el vientre, que si no, el hombre se hubiera ahogado en sus propias aguas.

Ahora, para no perder el tiempo en repetidas libaciones, ha adoptado el sistema de beber en la jofaina, y si sigue así, acabará por beber en el pilón de la Puerta del Sol.

Ya dice su mujer:

—No ha visto V. hombre como mi esposo. ¿Quiere V. creer que la otra mañana se bebió el baño frío que tenía preparado para mi niña mayor?

Estos fanáticos del agua son tanto ó más peligrosos que los fanáticos del vino.

Hay quien dice á V. con la mayor naturalidad:

—¿Quiere V. que tomemos chocolate para bebernos detrás un buen vaso de agua?

Lo natural sería que dijese:

—¿Quiere V. que tomemos chocolate, aunque tengamos que bebernos después un sorbito de agua?

*
* *

La verbena del Carmen no ha ofrecido ningún incidente digno de ser mencionado.

Aquí se va perdiendo la afición á estos regocijos nocturnos saturados con el aroma de las albahacas y los buñuelos.

No falta, sin embargo, algún joven principiante en amores que acude á la verbena en compañía de la novia, de la mamá de ésta y de sus dos ó tres hermanitos.

—Que no; que no compre V. nada á los niños, Arturito—dice la suegra futura, sujetando al joven enamorado por la manga del chaquet.

—Pero si yo tengo mucho gusto...—añade el joven.

Los niños le rodean, relamiéndose de antemano, la chica quiere tirarles pellizcos y no puede; la mamá, entretanto, finge que se consume toda y Arturito acaba por gastarse tres reales en golosinas.

Ya de regreso en el hogar, la familia elogia la esplendor de Arturito.

—Bien te decía yo—añade la chica—que es de muy buena familia. No hay más que ver lo limpias que lleva las uñas.

—Sin embargo—replica la mamá,—no ha sido para convidarnos á un miserable chico de horchata.

—Porque es muy corto; cuando ve venir á papá de la oficina y él está en la acera, le entra tal turbación, que han tenido ya que auxiliarle dos veces en la pajería de enfrente.

*
* *

La casa y la calle se titula un precioso libro de crónicas ó novelas, discretamente escritas por D. José M. Matheu, que es un joven y ya distinguido literato.

Si aquí se vendieran libros, el del Sr. Matheu sería uno de los más buscados, por lo ameno de su lectura y lo interesante de los asuntos que en él se desarrollan; pero en España es casi tan difícil vender libros, como hacerlos.

De todos modos, el autor está de enhorabuena, no por lo que deje de vender, sino por lo mucho que debemos esperar de su ingenio y de su cultura.

LUIS TABOADA.

CUENTO

Queriendo trabajar y hacer dinero, salió de Pravia Antón, el del Gaitero; llegó un día á la corte, y al instante, al ver que era un buen chico, le tomó á su servicio un comerciante natural del Ferrol, hombre muy rico. Modelo de honradez y economía, diez años á sus órdenes estuvo soñando un porvenir... que no venía. ¡Ni un solo día de descanso tuvo! Y ¡oh dolor! una noche al comerciante se lo llevó Pateta, sin dejar para Antón ni una peseta. Al verse abandonado, el pobrecillo tornó á su pueblo á mitigar sus penas, cansado de rudísimas faenas y sin llevar un cuarto en el bolsillo. En vano allí cual pobre se portaba, pues todos por muy rico le tenían, y sólo á mezquindad atribuían la pobreza que Antón aparentaba. Por fin, una mañana el señor cura le dijo con dulzura:

—Vamos, hijo, no ocultes tu dinero, que es la avaricia un crimen verdadero. Cuéntame la verdad de lo que pasa, pues ya sabes que siempre te he querido. ¡Diez años en Madrid y en buena casa, de fijo, un capital te han producido! Pues tú, á fuer de asturiano, vivirías con muchas privaciones, pero ahorrados tendrás muchos doblones. ¿No es verdad, hijo mío?

—¡Ay, señor cura!
(dijo Antón con acento de amargura.)
Como buen asturiano, lealmente á mi dueño serví. Días y días trabajé sin descanso ni sosiego, pero no pude hacer economías porque el amo que tuve ¡era gallego!

VITAL AZA.

DE CIRCUNSTANCIAS

Sabios en quienes ponemos nuestra fe cuando enfermamos, decidnos, ¿en qué quedamos? ¿nos morimos ó qué hacemos?

Decidme, ¿no es un oprobio que, tras tanto meditar, no podáis averiguar cómo se mata el microbio?

¡Y el bueno del doctor Kock que se ha marchado á Berlín con mucho dinero y sin hallar un remedio *ad hoc*!

Al cabo de la jornada y de hacer tanto papel, habrá dicho como aquél: «Sólo sé que no sé nada.»

Anda pensando la gente, al saber tanta teoría, si beberá el agua fría ó la beberá caliente.

Mientras no resuelvan nada sobre cuál es el remedio, buscando un término medio yo la beberé templada.

Hay quien, por si es ó no es el agua buen conductor del microbio, por temor no se lava ya hace un mes.

Mientras que nuestros destinos nadie predecirnos osa, hay una huelga horrorosa de melones y pepinos.

Mi sobrino en sus repasos, al aprender las lecciones, salta las declinaciones por el temor á los *casos*.

En este tiempo es preciso no meter ruido ninguno, que nadie haga caso á uno, es decir ser *caso omiso*.

Dijo Pascuala á su novio á quien esquivo encontró: «*Hazme caso*.» El dijo: «No que no soy ningún microbio.»

Está mi amigo Simón pasando la pena negra porque dice que su suegra es un foco de infección; pues con su humor climatérico, con que por todo atropella, nunca puede hablar con ella porque le pone colérico.

Ni sosiega ni reposa el miedoso Segismundo, y dice que todo el mundo le habla de la misma cosa:

Vive frente á San Antón y dice que la campana le despierta de mañana haciendo: «*Tolón, tolón*.»

Aunque veis que á broma toma mi musa cosa tan grave, ella demasiado sabe que esto no es cosa de broma.

Mas ya que ningún doctor halla un recurso científico, yo presento un específico infalible: el buen humor.

Quien de él sepa aprovecharse y ría sin más ni más, es seguro que jamás llegará á *encolerizarse*.

JOSÉ ESTREMEIRA.

UN PAR DE TRUCHAS

En un presidio de España con una cadena unieron á un viejo de larga greña y á un mozo de pelo en pecho.

Después de haberse contado sus aventuras y hechos con la franqueza que gasta esta clase de gemelos:

—¿De dónde eres?...—el más joven preguntó á su compañero.
—¿De dónde?... De Riotinto; y tú?—Yo, de Rioseco.

—¡Compare!—dijo bajando la voz cuanto pudo el viejo.—
¡Los dos de río! ¡Qué par de truchas estamos hechos!

F. PEDROSA Y RELANZÓN.

LAS EMPANADAS DE JAMÓN

MONÓLOGO DE UN DESDICHADO

¡Nazca V., sufra V. las molestias de la dentición y métase usted á estudiar matemáticas para que luego le pase á V. lo que me pasó ayer á mí antes del soto, en el soto y después del soto de Migas-calientes!

En fin... yo necesito desahogarme con alguien y voy á referir á VV. las desdichas amoroso-culinario-campestres que me sucedieron ayer.

Han de saber VV. que D.^a Canuta Pelendengue de Becerro-mate, una de nuestras más eminentes suegras del porvenir, tuvo hace veinte años la ocurrencia de dar á luz un rollo de manteca imitada, que más tarde se llamó Prisca.

Si no me diese vergüenza, les diría á VV. que actualmente Prisca y yo, apesar de nuestras pocas fuerzas, estamos sosteniendo nada menos que unas relaciones amorosas, lo cual no es extraño; porque Prisca es una joven muy linda, muy bien criada (treinta y dos meses de lactancia) y artista por naturaleza, pues sabido es que el genio tiene distintas manifestaciones; y aunque Prisca no ejecuta sonatas con-fusas, ni pinta cuadros artificiales, ni borda zapatillas inocentes, hace en cambio unas empanadas de jamón, que vuelven loco á cualquiera.

¡Ah Prisca, Prisca! ¡Cuántas desventuras me ha proporcionado tu última obra! ¡De qué manera tan cruel has clavado en mi pecho tus postrimeras empanadas!

Había amanecido el día designado para la realización de mi capricho, y el cielo se hallaba muy nublado. Daban las ocho en el reloj de Romero Robledo, y varias personas de todos los sexos conocidos se agolpaban para subir al tranvía que, partiendo de la Puerta del Sol, pasa por San Antonio de la Florida.

Yo, merced á mi maldita galantería, dejé que la numerosa y alegre caravana fuese colocándose en el carruaje y sus afueras, y ¡claro! cuando me llegó el turno de la subida, una mano del conductor se puso ante mi pecho mientras la otra me señalaba un letrero que decía: «completo.»

Esto de *completo* me hace gracia; no parece sino que hasta que no bajan la tablilla le falta al tranvía algún pedazo.

Lo que no me hizo gracia fué que mis ruegos fueran vanos y que el afable conductor pagase mi obstinación con una bofetada por todo lo alto, mientras el vehículo comenzaba su ligera marcha llevando en su *seno*, además de otras personas y en concepto de carga, á D.^a Canuta Pelendengue, directora de la expedición, á la ingrata Prisca (que al verse abandonada por mí juró vengarse de mi torpeza) y á un abogadito vecino suyo que, sentándose junto á Prisca, se puso á hablarla de las relaciones que debían existir entre las leyes de Toro y mi humilde persona.

Con los susodichos viajeros iban unas vecinas de Prisca, muy entradas en años y muy salidas de quicio, un teniente de Infantería que quiere pasar á Caballería, un recaudador de contribuciones saladas, su señora, Pepito Melindres, las hijas del doctor Pistiño, dos criadas muy robustas, un niño faldero y tres cestas llenas de provisiones.

Pueden VV. suponer que, por muy cargado que estuviera el tranvía, más cargado estaba yo al verle ascender por la calle de Preciados en semejante disposición.

¡Válame Dios y cuán ahogado en ira quedé contra mí mismo! Mas convencíme de que mejor que tomar un berrinche era tomar el tranvía que á la media hora debía partir también con rumbo á la Florida.

Al fijarme en mis compañeros de viaje me hallé, para colmo de desdichas, con un inglés de la calle de Malasaña y frente á una familia conocida y abundante, por la cual tuve que soltarle doce perros grandes al cobrador.

Este me dió los billetes, la familia las gracias y el inglés un rato muy divertido, cuyo incidente, agregado á mi mal humor y á media docena de paradas y descarrilamientos, me hizo gozar de un viaje felicísimo.

Mas, como todo tiene fin en este mundo, al cabo de dos mortales horas dí con mi cuerpo en el apeadero de la Bombilla, y poco después entré cubierto de sudor frío en el soto de Migas-calientes.

EN SUIZA



—¡Oh, miss! ¡Qué hermoso clima!
—Cierto, milor.
—Gracias á la bufanda,
tengo calor.

EN MADRID



—No salgo por no poder,
sino que el cólera...

—¿Sí?
Yo tampoco, porque aquí
no hace calor.

—¡Qué ha de hacer!

Lit. de Bruguera, 14 y Carbon, 7 Madrid.

Caminaba un tanto desorientado por aquellas alamedas, cuando varios graznidos lanzados por D.^a Canuta en medio de su regocijo (porque la buena señora se vuelve loca en cuanto el verde la rodea) me guiaron hacia el punto donde mi gente se encontraba, al cual llegué en un instante atravesando á hurtadillas de los guardas un espeso vivero, no sin hallar de improviso en su más recóndito lugar, á una de las hijas del Dr. Pistiño que, sola y, al parecer, sentada, se encontraba por breves momentos en actitud reflexiva, hasta que al verme dió un grito y se internó más y más en el bosque.

Llegué por fin á una plazoleta, y fué delicioso el espectáculo que en ella apareció ante mi vista. El barrigudo recaudador de contribuciones y D.^a Canuta saltaban á la comba lo mismo que dos sapos; Prisca y el abogado jugaban al escondite á través de la enramada (!); Pepito Melindres, un poco retirado, se espantaba las moscas con el sombrero; y los restantes expedicionarios, sentados en corro sobre el *tapete verde* (como llama un jugador á lo que los poetas denominan verde alfombra) se entretenían en juegos de prendas, incluyendo las mías personales, de las cuales murmuraban en competencia con los arroyuelos más murmuradores de aquel frondoso paraje.

Hallábanse todos impacientes esperando la llegada del organillo contratado para amenizar la fiesta, y mi aparición fué saludada con un espontáneo «¡ah!» dicho con toda la extrañeza posible y seguido de estas exclamaciones hechas en tono de burla bemol mayor:

—¡Vaya un chasco! ¡No es el tío del organillo!...

(Efectivamente, yo no soy tío de ningún instrumento.)

—¿Ha venido V. en globo?

—¿Has dado la vuelta por Marsella?

—Ya comprendo la tardanza; ¡te habrán hecho pasar la cuarentena!

Mucho se me ocurría contra tanta pulla; pero los amorosos progresos de Prisca y su abogado adyacente paralizaban mi lengua, y me dejaban *estético* y *exhorto*, como suele decir doña Canuta.

El organillo apareció al poco rato y fué calurosamente aplaudido; y digo calurosamente, porque, señores, hacía un calor que no era ya de tantos ó cuantos grados, sino de muchos empleos efectivos.

Apesar de la elevada temperatura y de las amenazadoras nubes, el piano silvestre repitió multitud de veces sus heterogéneas tocatas, y con la misma fresca bailaban aquellas gentes la sinfonía de Guillermo Tell que cualquiera mazurka galopante.

En la imposibilidad de separar á Prisca de su improvisado *ad látere*, tuve que bailar con una de sus vecinas, muchacha que frisaba en los cuarenta y se desvencijaba por todas partes; y aunque siempre se le enganchaban los vestidos en las ramas, me hizo dar tantas y tan rápidas vueltas, que en cinco minutos me dejó rendido para todo un semestre.

Había yo cometido la torpeza de no desayunarme, y me hallaba á punto de morirme de hambre, cansancio y rabia, cuando llegó el momento supremo de la expedición y la realización de su principal objeto. Las empanadas de jamón iban á regocijar los desfallecidos estómagos y hasta el mío se esforzaba por convencerme de que «los celos con empanadas son menos.»

El almuerzo estaba preparado y nos colocamos en derredor de una mesa de piedra berroqueña cubierta con varios números de «La Correspondencia de España» á guisa de manteles.

¡Mire V. que tiene bemoles eso de almorzar sobre difuntos, crímenes, amas de cría, telegramas y actas poco aseadas de diputados semi-limpios! Pero, en fin, en el campo todo pasa, como decía la fósil señora del recaudador de contribuciones, que se empeñó en sentarse cariñosamente á mi lado y en echarme pedacitos de pan como á los patos.

En este instante las nubes comenzaron á llorar mi desventura hasta el punto de que, cuando sirvieron el arroz, lo tomamos *con gotas*. Y después de servirnos precipitadamente un guiso hecho, al parecer, con harina de linaza, unas latas que contenían trocitos de percalina mojada, llamados truchas por mal nombre, y varias rodajas de merluza frita de seis centímetros de diámetro cada una, la ilustre viuda de Becerro-mate procedió á repartir las famosas empanadas de jamón, resultando un reparto tan mal hecho como el de algunas comedias que yo me sé.

Concluida esta operación, dió principio la más espantosa de las granizadas con acompañamiento de rayos y truenos.

Era cosa de ver á Pepito Melindres corriendo por un lado con el quitasol abierto; á D.^a Canuta brincando por encima

de las matas con el vestido por la cabeza y una cacerola en la mano, y así sucesivamente.

Y el caso no era para menos; porque Dios al verme tan quemado, quiso sin duda arrojar sobre mí toda el agua posible.

¡Qué nube, señores! Aseguro á VV. que exceptuando la que tiene D.^a Canuta en el ojo derecho, jamás he visto una nube mayor!

En fin, corriendo como un loco y con una empanada de jamón en cada mano, tomé la carretera y llegué á Madrid hecho una sopa, no sin haber visto de paso la huída de mi Prisca con el abogado, y el aire marcial de la viuda de Becerro-mate que caminaba hacia su casa desafiando sin temor rayos y truenos; ¡como que dicen que á D.^a Canuta no la parte un rayo!...

Y aquí me tienen VV. hoy molido y quebrantado, renegando á voces de las malditas empanadas de jamón, origen, causa y fundamento de tantas desventuras.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

¡Á BUENA HORA!

I.

Mientras el buque sobre las olas
se pavonea
y al alejarse deja en el agua
profunda estela,
describe el humo sus espirales
grandes y negras
y encaramados los marineros
tienden las velas.
Pedro, apoyado sobre una banda,
sonríe y piensa:
—¡Caracolitos! ¡qué guapa es Luisa
la camarera!

II.

—¿No te abochorna ser tan arisca
siendo tan bella?
¡Por Dios, muchacha, no me acongojes,
calma mis penas!
Dame un abrazo.—¿Conque un abrazo?
¡bonita es ella!
—Por ti me muero —No se me importa
que usted se muera.
—Pero es tan poco lo que te pido,
¡nada te cuesta!
Prueba á abrazarme.—¡Miren el hombre!
¡Vaya una prueba!
—¡Esos tus brazos son tan hermosas
dulces cadenas!
—Eso tan sólo puede decirlo
quien los espera.
—¡Cuánto le envidio!—Dios le perdone.
—¡No seas terca!
—¡Váyase pronto!—Sé complaciente.
—¡No quiero, ea!
(Y así se pasan días y días
en lucha eterna
mientras el buque sobre las olas
se pavonea.
Él, siempre firme, por el abrazo
suspira y ruega.
¡Todo es inútil! ¡Bonita es Luisa
la camarera!)

III.

Silba en las jarcias airado el soplo
de la tormenta
y el monstruo indócil furioso ruge
y el lomo arquea.
Luchando el buque, las olas bate
con sus paletas
mientras temblando los pasajeros
lloran y rezan.
Voces de mando, gritos de angustia
rudas blasfemias...
Hechos astillas van al abismo
palos y vergas
y el casco gime como el que mira
la muerte cerca.

Allá va Pedro, que á la ventura
nada y bracea
contra el peligro que le amenaza
pidiendo fuerzas.
Un mástil roto flota á lo lejos
¡bendito sea!
Siente dos brazos que se le enroscan
y que le aprietan

de la agonía con la potente
rabia suprema.
Furioso entonces rompe la humana
dura cadena;
fúndese un cuerpo, y allá en el fondo
la tumba encuentra.

.....
Aquellos brazos eran de Luisa
la camarera.

SINESIO DELGADO.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

I.

Es mi vecina Pilar,
por lo elegante y lo airosa,
la chiquilla más preciosa
que se puede imaginar.

Tiene unos ojos... ¡así!
y una cara... ¡que ya, ya!
y unas trenzas... ¡hasta allá!
y unos dientes... ¡hasta allí!
¡Qué arrogante! ¡qué hechicera!
en fin, una personita
tan sumamente bonita,
que para mí la quisiera.

Entre los muchos amantes
que van de su gracia en pos,
solamente tiene dos
que la quieren muy constantes,
y entre ambos, con loco anhelo,
palmo á palmo y día á día,
se disputan á porfía
aquel pedazo de cielo.

El uno es un trovador
que pasa su vida entera
cantando desde la acera
los impulsos de su amor,
y el desgraciado desbarra,
por no decir que delira,
al pulsar aquella lira
que parece una guitarra.

El otro, con más talento,
sin poéticas canciones

demuestra sus intenciones
con marcado atrevimiento,
y en su amigoso papel
de tal modo se despacha,
que á aquella pobre muchacha
la tiene muerta por él.

¡Siempre al pie de sus ventanas!
¡siempre en busca de alegrías!
y pasan días y días
y semanas y semanas,
y el uno en su afán eterno
canta sus amores loco,
y el otro poquito á poco
trabaja... para el invierno.

II.

Ya se ha casado Pilar.
¡Con qué envidia ayer la ví
cuando pronunció aquel sí
en las gradas del altar!

Se casó, y acto seguido,
la ví pasar por mi calle,
luciendo su airoso talle
del brazo de su marido.

Como el amor les abraza
y en sus semblantes refleja,
aquella feliz pareja
se dirige hacia su casa,
y mientras ciegos de amor
dan olvido á sus pesares...
¡se oyen fuera los cantares
del amante trovador!

FIACRO YRÁYZOZ.

CANTARES

Déjate de lloriqueos
y anda, ve y dile á tu madre
que no me caso contigo
por aquello que tú sabes.

No esperes, si se lo cuentas,
que te absuelva el confesor;
lo que tú has hecho conmigo
no tiene perdón de Dios.

Unas veces que por *haches*
y otras veces que por *erres*
estamos siempre lo mismo...
¡Malditos inconvenientes!

Al vernos esta mañana
después de *aquello* Bibiana,
quedamos de esta manera:
tú, lo mismo que la grana;
yo, lo mismo que la cera...

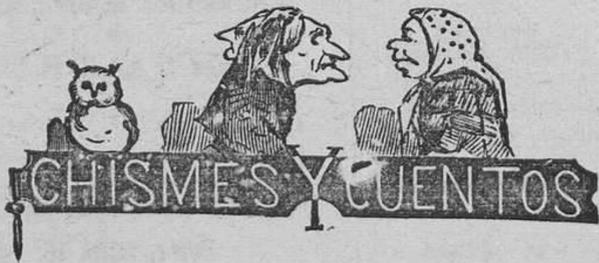
JOSÉ LÓPEZ SILVA.

MADRIGAL

Baja al jardín la cándida doncella
del sol á los primeros resplandores,
cuando todas las flores
sostienen entre sí ruca querella:
cada cual se figura
el cetro merecer de la hermosura.
La amapola sencilla
radiante como el sol cuando más brilla,
sus rojas tintas en su abono ostenta
y á las demás humilla,

á excepción del clavel, que se presenta
trayendo en su defensa sus olores,
pidiendo besos y brindando amores.
El tiempo pasa y la discordia crece,
mas la niña aparece,
y dirimen las flores sus agravios,
pues carecer comprenden al momento,
la amapola del rojo de sus labios
y el clavel del perfume de su aliento.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.



La Correspondencia dice que al pasar un tren por la línea
de circunvalación, á las doce de la tarde (Dios no averigua si

es de día ó de noche), saltó una chispa de la máquina y se in-
flamó gran cantidad de forraje en el Campo del Moro.
¡Calle V., hombre! ¡si en este tiempo son tan frecuentes las
inflamaciones!

Sobre todo las *forrajitis*.

✱
Sin que haya razón fundada
ni se sepa por qué ha sido,
una mujer muy honrada
abandonó á su marido.
¡Qué bobada!

✱
Han sido detenidos un caballero y una señora por robar
abanicos en una tienda de la calle del Carmen.

Yo les pondría inmediatamente en libertad. ¡Pobrecillos!
Eso es como robar pan en tiempo de hambre.

✱
Cuenta un periódico de Barcelona que un individuo que
quería burlar el cordón sanitario pasando la frontera por el
puerto de la Selva (Gerona), fué muerto por un disparo que
le hizo uno de los centinelas.

Si yo no fuera buen cristiano y, por consiguiente, no tu-
viera caridad evangélica y sentimientos humanitarios, iba á
decir que estaba bien hecho.

Pero no lo digo.

✱
Supe ayer con amargura
que ha fallecido en Cascante
la mujer de cierto cura
protestante.

✱
En la plaza de Pontejos, un cojo ha apaleado á unos cuan-
tos guardias municipales, dándose después á la fuga.

¡A la fuga!

Entendámonos. Es que le habían curado los apóstoles.

✱
Un suelto de Estrañi que tiene mueha gracia:
Diálogo al vuelo:

—Le digo á V. que los microbios se transmiten por las
personas.

—¡Yo le digo á V. que se transmiten por el aire!

—Usted disparata.

—El que disparata es V., señor mío.

—Las autoridades científicas...

—¿Qué autoridad presenta V. en apoyo de lo que V. sos-
tiene?

—La de Koch. ¿Y V.?

—¡Otra de mucho más peso que la de Koch!

—¿Cuál?

—¡La de carbón piedra!

✱
Si vence la malicia en el Estado
muy pronto nos iremos á la porra.
Yo estoy meditabundo y asustado
desde que han denunciado
á la Sinceridad, de Calahorra.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. P.—Madrid.—Siento mucho... ¡caramba! Pero los primeros
por flojos y los segundos por fuertes, son impublicables.

Sr. D. C. O.—Madrid.—Allá va eso. La *acuarela andaluza* es muy bo-
nita, pero ¡hombre! aquello es muy largo.

Sr. D. F. P.—Madrid.—V. lo hace bien; mande otra cosa con otro
asunto.

Sr. D. J. A. B.—Huesca.—Digo lo mismo.

Sr. D. M. C.—Oviedo.—Un millón de gracias por todo. Es V. uno de
nuestros primeros barbianes; pero esas son muchas quintillas. Escriba V.
cortito y le complaceremos.

Sr. D. N. C.—Espiel.—La colección del 83 encuadrada cuesta á los
suscriptores diez pesetas. Franqueo y certificado, dos. Esperamos sus ór-
denes.

Sr. D. R. L.—Estépar.—Creo que es usté un melón, salva la compa-
ración.

Sr. D. S. M.—Sahagún.—¿Se le ha olvidado á V. el divino arte de la
escritura? ¡Mal rayo le parta!

Sr. Mochuelo.—Madrid.—¡Pero qué remalísima es la composición
aquella!

TIPOS



Un chico de Infantería
que no es bravo ni es gentil
y que tiene aquí una tía
mujer de un guardia civil.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de CILLA

Redacción y Administración: CERVANTES, 2. Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJEROS Y ULTRAMAR	
		Año.....	15

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce ídem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANÍA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES Á VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELPHIA

GRAN SURTIDO DE TÉS SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE

DULCES Y CAJAS FINAS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

MADRID

ARTÍCULOS PARA NIÑOS.

Trajes de pantalón, desde 30 rs.
Idem á la marinera, de pantalón largo.

Corbatas, camisas, cuellos, bastones, etc.

Peligras, esquina á la Aduana.

GRANDES ALMACENES

DE
SANTA CRUZ.

Encajes, sederías, lencerías.
Confecciones. Ropa blanca.

Plaza de Santa Cruz núm. 1, y

Bolsa, núm. 16.